

Armando Alonso

Los dos Alejandro

MANOS DEL ANFITEATRO



NO tengas miedo, todos lo hacen—acentuó mi compañero «repitente» tratando de alejar mis ingenuos temores. Avanzábamos con calculado sigilo entre las mesas de pizarra negra de la sala de disección. Por aquí y por allá, lienzos de la más variada apostura trataban de cubrir, sin conseguirlo, restos a medio disecar. Las bombillas eléctricas siempre misérrimas, también exangües, parecían negarse definitivamente a todo esfuerzo. Sólo al fondo, en heroico ademán, una ampolleta, acondicionada de irrespetuosa manera sobre unos cartílagos nasales, iluminaba el nervio maxilar superior preparado por un alumno de segundo año, que persistía silencioso en su empeño por descubrir el ganglio esfero-temporal.

Mi amigo quiso agostar una vez más la inocultable sensación de culpa que revelaba mi rostro:

—¡Qué! ¿Quieres perder el año? No alcanzarás a tener las veinticinco preparaciones. Te faltan las articulaciones de la mano. Ya te han robado cinco veces... ¡Yo también las necesito...!

Ni la oscuridad ni la faz cuadrilátera de algunos cajones abiertos y acusadores en el fondo, ni lo macabro de las formas que se insinuaban bajo los improvisados túmulos podía ya detenernos.

—¡Pasa tu bisturí!

—¡Es que aquí están preparando músculos del antebrazo!

—¡No importa, no han principiado todavía! Córtalas con la sierra.

El estudiante de segundo año mostró en ese momento lo barroco de su rostro perseguido por la luz mortecina.

—«El Chivato» los está mirando—dijo.

—¡Sí! y los voy a acusar a don Alejandro—advirtió el aludido, poniendo en movimiento una faz hasta hierática, que parecía desplazar ahora sus rasgos bronceos y macilentos sólo alrededor de un par de ojos tan pequeños como pícaros.

—¡Claro que voy a acusarlos, eso no se hace con las manos! Háganlo con cualquiera otra «presa» si quieren, menos con las manos. Voy a acusarlos a don Alejandro... —continuó repitiendo y repitiéndose con su cráneo entre las manos cual si quisiera repartir convencimiento al total del tenebroso recinto.

—¡No! No ha tenido razón el periodista Enrique Tagle Moreno (V́ctor Noir) al atacar a la Federación de Estudiantes y a la Universidad Popular Lastaria por un acuerdo del Directorio que interpreta el sentir de los estudiantes. Y yo vengo aquí a pedir al Centro de Estudiantes de Medicina que preste todo su entusiasta apoyo a esa actitud tan joven y digna.

La voz y el ademán de las palabras de Santiago conmovían a todos y exaltaban a algunos de los cientos de rostros reunidos en la sala casi familiar del teatro «Excelsior». Algunos grupos mantenían, sin embargo, y fieramente, la actitud opositora.

—¡Eso fué antipatriótico!

—¡No! Sólo fué recto.

El nombre y el juicio sobre la actitud de Enrique Tagle Moreno (V́ctor Noir) que acababa de renunciar espectacularmente su cátedra en la Universidad Popular Lastaria, circulaba en medio de la pasión. En ese momento desde el fondo de la sala oscura, una voz fuerte y formada pidió la palabra.

—¡Soy Enrique Tagle Moreno! —El periodista defendió con elocuencia un acto que creyó atinado; la oposición casi en derrota, recibió un gran refuerzo. Pese a la capacidad de convicción de Santiago Labarca y otros líderes, amenazaba con batir al directorio en su refugio más sólido

En ese momento apareció en el estrado un hombre pequeño, nervioso, de tez blanca, bajo un ancho sombrero claro, tras destacados anteojos de carey.

—¡Nunca será antipatriótico apoyar al pueblo!... ¡es la parte mayor y más querida parte de la patria!... Ustedes, estudiantes de medicina, no deben olvidar que la medicina es de extracción popular... Al pueblo hay que oírlo en sus refranes... en sus canciones y hasta en sus supersticiones... ¡Yo creo que Víctor Noir ha interpretado mal ese acuerdo que muestra la simpatía y adhesión de los estudiantes por un hombre que habló invocando a lo que han dado en llamar «el pueblo de Chile». ¡Sí, aquí somos todos pueblo...!

Estas palabras eran pronunciadas con un acento enérgico; pero irradiaban una curiosa simpatía porque iban acompañadas de un tono cordial, hasta risueño, al parecer incompatible con la decisión que las inspiraba.

—¡Eso sí!—dijo Tagle Moreno—naturalmente yo también he sido así, adicto al pueblo; creí que los estudiantes se metían en política y lo consideraba peligroso para la Federación a la que respeto y quiero.

Naturalmente, los escollos doctrinarios que separaban a ambos grupos se mantenían; pero el encono que había empezado a surgir entre muchachos, desapareció. Era la consecuencia de una actitud firme pero cordial... ¡Tras ella asomaba involuntario el sentimiento!

* * *

Poseía «don Juvenal» un establecimiento difícil de definir, que denominaba, con obsequiosa bondad, «mi casa». Esto que en muchos verdaderos comerciantes constituye una manera de aludir a su negocio, en el caso de don Juvenal tenía mucha autenticidad. La casa de don Juvenal estaba en la Avd. Independencia, junto al pensionado del Hospital de San Vicente. Habrá que describir alguna vez con el cariño que se merece la «casa de don Juvenal». Se llegaba a la pastelería o pequeño restaurante, o «club familiar» que constituía la parte medular del recinto, después de atravesar un corredor limitado por fragantes plantas de graciosa postura campestre. Se dejaba atrás una primera y casi sagrada pieza, que los estudiantes aprendimos a respetar, a querer; era «el salón» que don Juvenal abría en emocionados momentos; allí se mantenían con la mayor dignidad los recuerdos familiares, sobre todo los de su primera esposa, perdida y llorada con justicia. Nunca exceso alguno, siquiera de tono en las palabras, turbó la paz de ese refugio de santificados recuerdos.

Yo fui esa tarde tras una agotadora disección a tomar una leche con goma y a engullir un sándwich en pan casero, excesos que me permitía, en ciertas ocasiones propicias al dispendio de veinte centavos, a que alcanzaba el total de ese consumo.

Un grupo conversaba animadamente tras de mí mientras alguien ordenaba más corridas de «orates», deliciosa mezcla al parecer a base de vino añejo u oporto, que constituía una de las especialidades de «Juvenal». Llegaba hasta mí el final de los diálogos:

—O. Segura Castro fué certero al juzgarlo en «Selva Lírica».

—¡No! Eso es todo una diatriba.

—Juan Egaña continúa siendo un gran señor de las cosas y de las emociones y de las imágenes.

—El negro Meza ya debería hacer una exposición. ¡Qué magnífica paleta ha dicho don Juan Francisco!

—Eso es «pompiere», ¡absolutamente «pompiere»!...

—¡No! ¡No es cierto! ¡González Vera será siempre un joyero, nunca producirá para las masas aunque hable de ellas!

Jamás lamenté, como entonces, las limitaciones a que me condenaba mi menguada y tímida adolescencia. Allí estaba apenas a un metro la compañía que había soñado compartir. Ese era el género de conversaciones en que deseaba participar, fuera de mis momentos de estudios biológicos. Las lecturas francesas, inglesas y españolas de la formación humanística, me hicieron exaltar el encanto de las pequeñas tabernas con gracia tradicional en que los hombres charlaban de sus cosas bellas y de sus pasiones. Alentaba la esperanza de estar alguna vez junto al Támesis, el Manzanares, el Betis o el Sena, para suspirar embobado. Y he aquí que desde las paredes de este recin-

to, el caballo encabritado que anuncia un «vermouth», la señora de anteojos bondadosos que escribe con té amarillo el nombre de una marca sobre un fondo café; todo eso parece estar hablando de lo que yo he soñado que hablen... He querido que hablen.

Convertí en interminable mi pequeño vaso de leche con goma... reduje a un gustar de migas mi prolongado engullir del sándwich de pan blanco. Don Juvenal con su bondadosa solicitud, venía a cada instante a atenderme, a acompañarme en la que creía inconfortable soledad. Discretas libaciones fueron levantando, para fortuna mía, el tono de la preciosa conversación; luego alguien repitió, a solicitud de los restantes, unos versos que premiara el concurso «Artes y Letras»; pronto don Juvenal, familiar y obsequioso, avanzó con una merienda que mostró cuán poco compatibles son la vena artística con la gastronómica. El ambiente se inundó de una curiosa euforia que sobrepasaba a los contertulios: me miraba un affiche de pasta de zapatos, con los ojos brillantes de un rapaz pícaro a horcajadas sobre una inmensa lata del producto; al parecer bailaban unas botellas dos veces exuberantes, antes secas y severas.

¿Por qué tenía como interlocutores al hermoso affiche del centauro a rayas, o a la plácida anciana que caligrafiaba el nombre de un té o a los ojos relucientes de un rapaz que anunciaba lo mejor para limpiar los zapatos?

A mi espalda un mundo de nobles cosas estallaba

en cariñosas palabras. Debió producirse un juego de ocultas influencias o anhelos, porque sentí a mis espaldas una voz que ya me resultaba familiar.

—¿Y ese «cabrito» por qué está tan solo?

El muchacho del sombrero alón, de faz bondadosa y regocijada risa, honda e interrumpida, que oyéramos en el teatro «Excelsior», estaba allí dirigiéndose a mí, con una expresión que comenzaba a ser fortuna.

—Alejandro Reyes.

—Alejandro Vásquez.

Fuí incorporado al grupo con una cordialidad sin aspavientos. Luego se sumaron Fernando Meza, con sus rasgos secretos risueños, el «Loro Gilbert», con sus últimos sabrosos chascarros de estirpe popular, y Juan Egaña con su adición tría y romántica.

Yo recordé a mi compañero aprisionado Joaquín Cifuentes Sepúlveda, otros hablaron de los valores plásticos... Pronto oímos a Alejandro Vásquez diciendo con unción romántica, casi con veneración sus versos «Manos de Anfiteatro». El tiempo ha hecho cambiar muchas veces las maneras de decir lo que se siente y parece haber cambiado también a nuestra vista, el número de lo que sienten ciertas cosas. Lo que no puede cambiarnos es nuestra gratitud por cuanto ofrecieron en nuestra adolescencia, de delicado y de cordial, «los dos Alejandro». «El Chivato», humilde personaje de extracción popular, atado de grietas junto a dos ojos lancinantes, tenía razón...

¡Respetar las manos!...

* * *

Un día, fuera de la patria, un gran idealista médico, uno de esos hombres que todavía tienen fe en algo, y en algo generoso, se lamentaba del increíble desconocimiento que, pese a la abundante literatura, existía de la medicina de los distintos países. El, pese a actuar en un gran centro médico mundial, protestaba de que sólo alcanzaban universalidad la medicina de los grandes países. Argumentaba contra la falta de originalidad y de significación local de la medicina de ciertas regiones.

Estoy cierto, me agregaba, que en su propio país, en que la medicina clínica ha alcanzado tan alto nivel, no se pueden exhibir obras que respondan a ese anhelo. Yo le enviaré a Ud. «El Litre», de Alejandro Reyes, le respondí de inmediato. Allí encontrará Ud. todo sobre un tema que se ha hecho nacional: la botánica, la farmacología, la geografía, la clínica y hasta los decires populares y los cantares poéticos; todo en puro y elegante castellano y en amena exposición exhaustiva. Un tiempo después, recibí de mi fervoroso interlocutor el claro juicio. «Tenía Ud. razón, el libro es magnífico y corresponde a lo que yo deseaba y ha pasado a integrar una biblioteca donde estoy cierto será muy consultado.»

Yo pasaba una difícil convalecencia en el balneario de Quinteros. Era un otoño ya desolado; los prime-

ros fríos y la monotonía de mi lenta recuperación me inducían a andar por los caminos. Una mañana de niebla me aventuré por una región que el optimismo popular denominaba «Valle Alegre». El yerto camino no entregaba a la vida, sino el rostro caído de una que otra choza tan abandonada como alguna casa histórica casi irreconocible. Nada era propicio a diálogo alguno y empezaba a inquietarme la soledad, cuando vi surgir en el fondo de la silenciosa ruta un pequeño carro de dos ruedas, movido dificultosamente por un caballo flaco atado a un arreo miserable.

Accionaba al jamelgo con fusta inverosímil un muchacho coloradote que al mismo tiempo ofrecía su apoyo y su brazo a una mujer muy mayor que sostenía con raro equilibrio un gran canasto sobre sus rodillas. Más por salir de un condenado aislamiento que por pretender una respuesta satisfactoria detuve al abigarrado cuanto paupérrimo grupo:

—¿Venden la fruta?

—¿Qué fruta?

—¡La del canasto!

—No es fruta, son unas gallinitas.

—¿Las venden?

—No, ¡están con nombre!

Aquí una voz lastimera protestó desde el fondo del carro, separando una colcha que servía de improvisado toldo.

—No se pare, Manuelito, que ya me come la fiebre...

Apareció un rostro blanco, alargado, difícil de identificar de entre la maraña de unos cabellos desgreñados, un bigote ralo y una barba abandonada a su propio desarrollo.

—Está muy enfermo de los pulmones... vamos pa Quillota—explicó la mujer con angustia.

—Pero está más cerca Quintero, Valparaíso—informé pretendiendo ayudar.

—¡Ah!... pero es que yo voy a ver a don Alejandro—interrumpió el aludido como defendiéndose—. Don Alejandro, don Alejandro él es el que me va a mejorarme de los pulmones—continuó como nonolagando—. Es muy bueno conmigo...

Don Alejandro... don Alejandro...

—Don Vásquez —dirás interrumpió la mujer...

—Eso es... don Alejandro, don Vásquez, nadie más que él puede mejorarme... yo lo sé, que ya me puso las manos una vez y me mejoré... ¡sí, me mejoré...!

* * *

Había perdido el contacto con mi inteligente compañero. En el intertanto él había alcanzado un grado importante en el ejército.

—Y no te imagines—me decía—que todo es equitación, armas, ordenanzas, táctica y estrategia... No... la vida de casino puede ser interesante y además me ha tocado la suerte en mi guarnición...

que suele alternar con nosotros un médico que nos habla de libros... que nos son gratos... de la fecunda bohemia estudiantil de Uds... que trae a cada instante el romance de su vida... que nos dice sus versos... y nos cuenta su generoso anecdotario profesional. A mí me hace mucho bien. Es el doctor Alejandro Vázquez.

* * *

Yo pretendía interesar a mis jóvenes interlocutores en la lectura del libro de Carrel sobre los milagros de Lourdes.

—En esa época Carrel era un racionalista—argumentaba yo—y reconoció las curaciones milagrosas...

—¡Carrel... Carrel...! Como puede Ud. invocar ese nombre, alguien que fué un colaboracionista...

¡Hasta cuándo vamos a juzgar lo grande de un hombre a través de lo que nosotros estimamos sus errores! ¡Cómo olvidar al ganador del Premio Nobel de Medicina que con sus injertos vasculares y su cultivo de tejidos abrió sendas insospechadas a la medicina!

Vino en ayuda uno de los jóvenes.

—¿Quieres tú comprender bien el espíritu médico y humano de Carrel?

—¡Sí! ¿Y qué?

—Lee cuanto se refiere a él en el libro «El hombre del futuro» del Dr. Alejandro Reyes. Te hará bien en muchos sentidos. Te mostrará hombres e ideas que alientan. Te quitará ese estéril nihilismo que te está asfixiando y amargando... Te hará mucho bien...

* * *

Había conocido a mis improvisados amigos en la ruta entre Putaendo y San Felipe. En las inmediaciones de Santa María, solicitaron seguir en el automóvil que me llevaría a la próxima estación del longitudinal; el coche de ellos aparecía tumbado al lado del camino entre infructuosos esfuerzos de improvisar una pieza destruída. En el camino creí advertir que eran hermanos, tanta era la intimidad fraternal de su conversación... Otra vez los había encontrado en el tren de Calera al norte y me había sido imposible cortar las exteriorizaciones de una gratitud que yo estimaba injustificada,

—Ud. se baja aquí y pasa la noche con nosotros... Ud. no sabe el servicio que nos prestó, etc... —El hecho es que a poco me encontré en una pintoresca casa de campo, rodeado de cuanto surge de la madre tierra para deleite del hombre. Llevaban una vida próspera mediante el trabajo común, con regocijada cordialidad en un predio agrícola, que les permitía además una actividad comercial envidiable. Yo aludía al ejemplar entendimiento entre dos hombres que, sólo ahora descubría, no eran hermanos.

—Donde va a ver Ud. que nosotros estuvimos peleados mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Leseras de hombres viejos que hacen cosas de

niños... Sí, un doctor nos puso bien... El Dr. Vásquez, de Quillota.

—Sí... don Alejandro... Sin decirnos nada... nos metió a los dos en los rotarios, nos habló de la buena voluntad... de servir. En fin, un día aparecimos sentados con él en la misma mesa y nos dimos cuenta de lo tonto que habíamos sido.

—A él se lo debemos.

* * *

Hace unos meses ha desaparecido Alejandro Vásquez. Su muerte llevó junto a su tumba a un puñado de amigos que apenas supieron de su silenciosa partida. La prensa recogió la noticia en líneas cien veces más breves que las dedicadas a la disputa por la presidencia de una asamblea política de cuarto orden, mil veces más breves que las dedicadas al asesinato más vulgar o a la estafa rodeada de mayor cinismo y estulticia. No hay sitio para el romance. No cabe la Belleza y la Bondad.

Sus dos pulmones, como dos manos eternas han aprisionado a su corazón como si quisieran impedirle una fuga inverosímil.

* * *

Queda Alejandro Reyes... viviendo un pensamiento médico muy noble, muy suyo... publicando sus bellos libros alentadores... en alto la luz de romance de «Los dos Alejandro».